

UNA GLORIA SANTAFESINA

CRISTÓBAL ALTAMIRANO

1601—1698

Fué en agosto de 1922 que tuvimos la fortuna de hallar, entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, un cuaderno de vetustas hojas que contenía las biografías de varios jesuitas de la antigua Provincia del Paraguay. Todas ellas eran interesantes y su lectura nos fué tan grata que pocas veces hemos pasado horas tan amenas en archivo o biblioteca alguna.

Una de esas biografías, la más extensa y la mejor trabajada, es la que nos sirve de base al trabajo que hoy publicamos. Gracias a esas páginas dejará de ser un desconocido el gran misionero que se llamó Cristóbal Altamirano, honra y prez de la República Argentina y muy en especial de la ciudad de Santa Fe que fué donde se mecía su cuna.

El manuscrito original es de letra del siglo xvii y consta de 20 folios (200 × 125 mm.) en perfecto estado de conservación. Actualmente lleva la signatura: Mss. 18.577.

Pertenecen a este manuscrito todos los párrafos que van entre comillas. Los demás son nuestros, como nuestras son también todas las notas. Hemos omitido algunos párrafos del anónimo autor, por juzgarlos inoportunos o menos convenientes.

Hemos intercalado algunos fragmentos de otra breve y substanciosa biografía del Padre Altamirano, escrita por el Padre Ignacio de Frías, inédita aún como son inéditas las *Cartas Anuas* de 1699-1700, de las cuales forma parte.

Ambos documentos, que completamos con otros que hemos hallado en el Archivo de Indias (Sevilla), contribuyen grandemente a poner de relieve la noble figura, la heroica santidad y la gloriosa actuación del insigne misionero de la Compañía de Jesús, Padre Cristóbal Altamirano.

«Si como llega a concebir el heroico grado de perfección a que llegó el Venerable Padre Cristóbal de Altamirano, lo acertara a ex-

presar la pluma, no dudo que todos venerarán su santidad por una de las más insignes que han florecido en nuestra Compañía; pero temo se desluzca con mis expresiones, y con este temor entro a hablar de un sujeto esclarecido, desconfiado de poder llenar el asunto. No obstante diré lo que pudiere, porque no quede sepultada en el olvido la noticia de un sujeto tan benemérito, y digno de eterna alabanza, que se supo merecer en la prolija edad de casi un siglo, que pasó principalmente en la religión, pues fué Jesuita ochenta y un años, y en su tiempo el más antiguo profesor de la universal Compañía.»

«Nació el Padre Cristóbal de Altamirano a 11 de junio de 1601 en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, Provincia del Río de la Plata. Su padre fué uno de los conquistadores de dicha Provincia, a quien debe estar eternamente agradecida su Capital, la Ciudad de Buenos Aires, de que fué uno de los fundadores y cuya industria la preservó de su ruina poco después de fundada, porque habiendo sido cautivo de los bárbaros, advirtió que se convocaba innumerable multitud con designio de dar de improviso sobre la recién fundada ciudad: era imposible prevenir con algún aviso a sus moradores, porque le observaban los más leves movimientos, y en la Ciudad vivían totalmente desimaginados los españoles de la traición que se fraguaba entre los bárbaros. Descubrió una traza para probar si podría encaminar la noticia, y fué escribir en un pepelillo cuanto maquinaban los infieles, y prevenciones que hacían: metióle dentro de una calabazo (1) que echó por el Riachuelo que entra al Río de la Plata como media legua distante de la Ciudad, de donde distaba seis leguas el cautivo; caminó la calabaza con tal fortuna que, sin detenerse en las vueltas y revueltas que da el Riachuelo, llegó felizmente a las cercanías de Buenos Aires, donde la vieron casualmente unos soldados: dióles curiosidad de cogerla, y hallando dentro el papelillo, y leyendo el contenido dieron aviso al Teniente de Gobernador, que dispuso la gente para la defensa y se logró de manera que los bárbaros fueron rechazados con valor y quedó libre la Ciudad del inminente peligro, quedando agradecidos todos al Capitán Cristóbal de Altamirano, a quien se confesaban deudores de sus vidas, y de la conservación de aquella población ilustre. (2) Libróse después del

(1) El mss. *el calabozo*.

(2) Don Cristóbal de Altamirano aparece entre los fundadores de Buenos Aires. En el repartimiento de solares que en 1583 hizo el general Juan de Garay le tocó la manzana de terreno que actualmente se halla comprendida entre las calles Cerrito-Carlos Pellegrini y Lavalle-Tucumán.

cautiverio, y pasando a vivir en la Ciudad de Santa Fe, donde era vecino encomendero, nació allí el Padre Cristóbal el año que dijimos».

No nos consta la fecha en que don Cristóbal Altamirano pasó a Santa Fe, pero fué sin duda a fines del siglo xvi, cuando la Ciudad era aún de muy reciente fundación. Hacía apenas treinta años que Garay había llevado allá a los setenta y cinco jóvenes criollos y dado principio a la ciudad, que es hoy Capital de la Provincia de Santa Fe.

A ella arribaron, pocos años después, los Padres Jesuítas y fueron ellos los primeros que fundaron un colegio en la naciente villa santafesina. No podemos precisar la fecha en que éste* se fundó, pero debemos consignar que según atestigua el anónimo escritor cuyos pasos seguimos «luego que allí se fundó nuestro Colegio, se aficionó mucho (el niño Altamirano) a los Jesuítas, de quienes era recíprocamente querido y estimado por su docilidad y amables prendas, y así vivía más en nuestro Colegio que en la casa de sus padres, como él mismo solía decir. Estudió las primeras letras en que descubrió tanta habilidad, que junto con su virtud le sirvieron de recomendación para que pretendiendo entrar en la Compañía fuese admitido con mucho gusto en ella por el Padre Provincial Pedro de Oñate en 11 de enero de 1617».

El Colegio que tenía la Compañía al tiempo que en él estudió el joven Altamirano, debía de ser muy rudimentario. Las Anuas de 1614-1615 (1), fechas en que Altamirano conoció y trató con los Jesuítas de Santa Fe, no mencionan siquiera si había clases de gramática. «En la casa de Santa Fe, escribe el anónimo autor de las Anuas, están dos Padres de los nuestros y un hermano; atiende el Padre a nuestros ministerios predicando y confesando, y mientras que venía de la Asunción el Padre Sotomayor, que estaba señalado por superior de ella, residió una temporada el Padre Fourdano en aquel pueblo y con mucho fervor los alentó a todos al servicio de Nuestro Señor e hizo muchas cosas en poco tiempo de mucho servicio suyo».

En 1632 escribía (2) el Padre Vázquez Trujillo que «en el Colegio de Santa Fe está sólo el Padre Rector con otros dos Padres que acuden a todos los ministerios de españoles, indios, negros y

(1) Archivo Prov. Toledo (Madrid): 3 5.

(2) Archivo de Indias (Sevilla): 75-6-7.

estudiantes; ha menester más obreros para acudir a llevar la carga en parte, y que dos veces al año salgan por las estancias del Salado y Chácaras a doctrinar la gente de servicio que está necesitadísima de doctrina, y de quien les confiese».

Con esos Jesuitas trató Altamirano y a las prendas personales de los mismos se debe, en lo humano, el que se determinara a abrazar el estado religioso ingresando al efecto en la Compañía. A la sazón sólo contaba diez y seis años de edad. Era alto de cuerpo, esbelto y bien tallado; rápido en sus acciones como lo era en su pensar y discurrir. Como veremos en las páginas de su biografía era Altamirano uno de esos hombres que saben unir y amalgamar la sencillez con la dignidad, la nobleza con la familiaridad, los altos ideales religiosos de severidad con los sentimientos humanos inatos en todos los corazones. Hemos de lamentar, con el primero de sus biógrafos, el Padre Ignacio de Frías, el que «de su vida en el siglo nada he podido alcanzar por ser el Padre Altamirano de tan anciana edad», causa por la cual «no se sabe cosa especial, como ni de sus primeros años de Compañía (1).

Admitido en la Compañía en 1617, pasó Altamirano a Córdoba de Tucumán y allí hizo su noviciado «en tiempo que se vivía en él de limosna, ni se comía otro pan que harina de maíz tostada, y los novicios no usaban sobreropas, por ser tanta la pobreza que no había con qué hacerías, siendo a este tenor el resto de la comida y vestuario. Por todo pasó gustosísimo nuestro novicio, siendo grande prueba que le trajo Dios a la Compañía para Varón Apostólico, el que entrando en ella tan niño y en tiempo que se vivía con tanta falta de lo necesario, se supiese acomodar tanto en aquel rigor de vida que era más a propósito para experimentar varones perfectos, que para empezar a instruir a un novicio tan tierno. Con tan rigurosa y austera disciplina dió principio el Padre Altamirano a su noviciado; con la misma le concluyó, como también los estudios, porque siendo recién fundada entonces la Provincia (del Paraguay) no se vivía en el Colegio de Córdoba con mayor comodidad».

«Salió aventajado estudiante y mostró talento especial de púlpito; pero cuando los demás apreciaban estas prendas, las ignoraba su humildad de manera que le parecía sólo podría servir entre pobres indios. Pidió ser empleado en las nuevas conversiones de los Guaraníes, y aunque de muy poca edad, como su juicio era mucho y

(1) *Cartas Anuas* de 1699-1700.—Archivo Prov. Toledo (Madrid): 15.

grande su fervor, no dudaron los superiores destinarle para una empresa que entonces más que nunca requería mucho caudal de Espíritu, y un celo del todo apostólico».

Debió ser por los años de 1623 a 1627 que el Padre Altamirano pasó a trabajar en las misiones del Paraguay y entre los indios Guaraníes que poblaban las riberas del río del mismo nombre. A su llegada encontró ya fundadas las reducciones de Loreto (1610), San Ignacio Guazú (1610), San Ignacio Miní (1611 ?), Itapúa (1615), Anunciación o Encarnación (1615), Concepción (1620), Corpus (1622) y San Javier de Tayatí (1622). La labor realizada por los primeros misioneros y la que aún debía realizarse tuvo un digno artífice en la persona del joven misionero santafesino. Desde 1627 hasta 1699, o sea, durante el largo espacio de setenta y dos años, aún el Padre Altamirano sus energías físicas y sus talentos todos con las energías y los talentos verdaderamente heroicos de aquellos héroes que se llamaron en vida Tomás Fields, Manuel Ortega, Diego de Torres Bollo, Juan y Pedro Romero, José Cataldino, Simón Masseta, Marcelo de Lorenzana, Roque González, Diego de Boroa, Claudio Ruyer, Nicolás Ampuero, Alonso Rodríguez, José Ordóñez, Pedro Mola, Manuel Bertot, Luis Arnod, Pedro Alfaro, Cristóbal de Mendoza, Ignacio Martínez, Adrián Formoso, Pedro Espinosa, Justo Mansilla y tantos otros no menos ilustres, sus compañeros en la ruda labor colonizadora y en la inmarcesible gloria que corresponde a los que se sacrificaron por la felicidad de los hombres.

Ciertamente que hemos de lamentar con el Padre Ignacio Frías el que se ignore en detalle lo más que obró el Padre Altamirano en las Misiones del Paraguay: «solamente lo sabe aquel Señor, agrega el Padre Frías, que le contaba los pasos para merecimientos de la corona que le tenía preparada. Y así al modo que antiguamente San Juan Crisóstomo hablando de los Apóstoles, puedo yo ahora quejarme de que no hubiere habido quien por menudo nos hubiese dado noticia de toda la serie de vida de este apostólico Operario. Mas ya que nos falten las individuales noticias, baste para nuestro ejemplo, que en tanto como hicieron aquellos Misioneros para reducir al rebaño de la Iglesia tantas almas, formando de ellas las copiosas Reducciones, que hoy vemos, fué príncipe el Padre Cristóbal de Altamirano, concurriendo en él las muchas partes que componen un fervoroso misionero de la Compañía».

Esto escribía en 1633 el Padre Ignacio de Frías, Provincial a la sazón de la Provincia del Paraguay, y nada extrañará su elogio a

quien leyere lo que acerca de su gran espíritu de apostólico misionero nos ha dejado el anónimo autor de su vida. Según éste, estaba Altamirano bien dotado para la difícil tarea que había de emprender y «manifestó desde luego que no le faltaba ninguna de estas cualidades, porque comenzó a trabajar tan como soldado veterano, que no disminuyó su juventud la estimación que se debía a su anciano proceder, mostrándose en todo un vivo ejemplar de virtud a los recién convertidos, y a los catecúmenos que esperaban el bautismo que es el consejo que daba San Pablo a su joven discípulo Timoteo para que su juventud fuese respetada».

«Predicaba con grande espíritu y eficacia el Sagrado Evangelio y con la mayor propiedad de palabras que jamás se vió en nuestras Misiones de Guaraníes, lo que le costó inmenso trabajo y atención, porque cuando el Padre Cristóbal entró en ellas eran ningunos los papeles que había escritos en aquel tan difícil como elegante idioma, y la comodidad de aprenderle muy corta, porque como era mucha la mies y los que la recogían pocos, era necesario vivir casi todo el año apartados unos de otros los Misioneros, viéndose muy de tarde en tarde por pocas horas, que era ningún adminículo para saber la lengua con la perfección que el Padre Cristóbal se llegó a hacer dueño de ella. Pero a costa de sumo trabajo, y de la infatigable atención con que observaba el modo de hablar de los indios, llegó a hablar su idioma con tal expedición, propiedad y perfección que igualó a los indios más peritos, y les aventajó con mucho exceso en la elegancia de la composición, pudiendo con toda verdad decir lo que antes el Real Profeta: «super omnes docentes me intillexi». Celebra nuestro historiador Techo esta pericia singular de nuestro Padre Cristóbal en la lengua guaraní (1), y con razón porque es de las prendas más necesarias en los Misioneros que hubieren de hacer fruto en esta elocuente nación».

Aun hoy día se escriben en las vitrinas del British Museum de Londres, varios de los escritos en lengua indígena compuestos por el Padre Altamirano. En un códice que lleva en sus comienzos la fecha 1716 hállanse ocho folios (2) con este título:

(1) La frase de Techo a que alude el autor se encuentra en el libro 9, cap. 25, según nota marginal del manuscrito, donde dice de Altamirano que era «peritísimo en las lenguas Indias». Cf. Techo, *Historia de la Provincia del Paraguay*, trad. de Serrano y Sanz (Madrid, 1897), t. N. p. 93. El texto original latino dice así: «Altamiramus Barbaricae linguae peritissimus».

(2) Fols. 206|214 del Códice «Abd. 21.262».

Compendio de la doctrina Christiana para niños. Compuesto en lengua francesa por el Rdo. Padre Francisco Pomeü, de la Compañía de Jesús. Traducido en lengua guaraní por el Padre Cristóbal Altamirano de la misma Compañía.

De mucha mayor importancia es la colección de *Doctrinas compuestas en lengua guaraní por el Padre Cristóbal Altamirano* que abarca treinta y seis folios (1) de letra bastante menuda. ¡Quiera Dios que no esté lejos el día en que podamos dar a luz estos escritos, aún inéditos y poco conocidos, del insigne misionero santafesino!

El poseer bien la lengua era uno de los primeros prerequisites de todo misionero que deseaba trabajar con éxito entre los indígenas y hacer fruto en las almas de los mismos. «Con ella le hizo grandísimo (el Padre Cristóbal), porque era tal la eficacia de sus palabras, que hacía de los indios cuanto quería y parece tenía sus voluntades en su mano regirlas a su arbitrio. Oíanle los bárbaros con suspensión, y no sabían negarse a lo que les insinuaba, como si los echara prisiones con su elocuencia para no hacer sino lo que era de su gusto. Vióse bien en cierta ocasión cuán grande era esta fuerza, pues amotinándose en un pueblo más de 200 indios, no había forma de reducirlos a que parasen en él, y se volvieron a sus bosques con peligro manifiesto de sus almas por la vida licenciosa que allí practican; echaron el resto otros Misioneros a su celo para persuadirles la vuelta, pero sin fruto, porque perseveraban siempre obstinados en su resolución perniciosa: tomólo a su cuenta el Padre Altamirano: fué, viólos, hablólos, y luego los redujo a todos fácilmente a que se restituyesen a su Pueblo, a donde los condujo él mismo, con gusto de todos ellos».

Las *Anuas* de 1699-1700 (2) narran este mismo hecho en los términos siguientes: «Tenía el Padre Altamirano un natural muy agasajador, y reduciéndolo a virtud, usaba de él con prudencia y destreza para atraer a los indios; de manera que concebían un amoroso aprecio no sólo del Padre, sino de todos los de la Compañía. Y así se experimentó que los indios que fueron doctrinados por el Padre Cristóbal de Altamirano, son los que nos muestran más amor, y nos miran con mayor respeto y veneración. Esto se vió en una ocasión, en que de cierto pueblo se alzaron más de 200 indios, y se volvieron al monte, a los cuales por más diligencias, que otros Padres hicieron, no los

(1) Folios 215-251 del mismo código: Abd. 21.262.

(2) Fol. 59 v.

pudieron reducir, hasta que tomándolo a su cuenta este infatigable Operario, los redujo a todos a volver a su Pueblo, adonde él mismo los llevó». Esto escribe el Padre Frías en las Anuas, poco después de la muerte del Padre Altamirano, y podemos recordar en este lugar que el Venerable Padre Ruiz de Montoya escribió en 1639 y publicó en su «Conquista Espiritual» que el Padre Altamirano, (que a la sazón vivía y trabajaba en las Misiones) era un Operario «muy conocido» por su «infatigable trabajo y prudencia en amansar leones», o sea en reducir a los indios levantiscos (1).

«Fué tan notoria esta gracia que tenía en sus palabras desde los principios que entró en las conversiones del Uruguay, que a poco tiempo le fió el Padre Provincial Francisco Vázquez Trujillo la fundación del Pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Acaraguá, a donde fué enviado el año de 1630. Había el Cacique Quiragui, que era el principal de toda la comarca, hecho repetidas instancias al dicho Padre Provincial sobre que se le concediese Padres de la Compañía para que les predicase el Santo Evangelio e hiciesen hijos de Dios al modo que los habían conseguido sus vecinos los indios de Tabatín, distantes siete leguas, y condescendiendo con tan justa petición les señaló a nuestro Padre Cristóbal, a quien recibieron los indios con grandes demostraciones de benevolencia. Acudieron también al mismo sitio los infieles del Uruguay arriba, a quienes había despachado sus mensajeros el Venerable Padre Pedro Romero, Superior entonces de todas las Reducciones, y bajando pronto se dió principio a la Reducción del Acaraguá, a la cual se señaló por titular y tutelar a la Reina de los Angeles en el misterio de su triunfante Asunción para reparar por este medio la injuria que había hecho el famoso hechicero Nezá en destruir otra Reducción del mismo nombre en el río Iguí, con muerte de su fundador el Venerable Martir de Cristo Padre Juan del Castillo. Se matricularon luego más de 300 familias, a que se agregaron tantas después por el celo de nuestro Padre Cristóbal, que fué siempre este pueblo, llamado hoy de la Cruz, uno de los más numerosos».

Fundado en 1629, estuvo algunos años al norte del río Acaraguá, que desemboca en el Uruguay, al Sudeste del territorio de Misiones en la República Argentina. Después se trasladó al Nboroé, 6 o 7 leguas al N. N. E. de San Francisco Javier. Se juntó luego con el Yapeyú, pero se dividió definitivamente de él en 1657 y se fijó sobre

(1) *Conquista Espiritual* (Bilbao, 1892), p. 222.

el río Uruguay, como dos leguas del Aquapey y siete del Yapeyú. Aquí tomó el nombre de Santa Cruz, y en 1767 era uno de los pueblos de más gloriosa historia y uno de los más poblados.

El Padre Nicolás Techo, después de historiar el origen de este pueblo y su fundación en el Acaraguá, escribe que «por designación del Provincial se encomendó el gobierno de este pueblo de la Asunción al Padre Cristóbal Altamirano, peritísimo en las lenguas indias, y lo rigió con celo durante doce años; hoy (esto es, en 1670), se conserva todavía y han bautizado en él los Jesuítas 4.200 almas. Allí comencé yo a ensayarme en el idioma guaraní, que, gracias a Dios lo conozco algo, y por medio del cual ejercí el Sagrado Ministerio durante 20 años en el Paraná y en el Uruguay, aunque indigno de semejante honor (1).

Según relata el anónimo autor de la vida de Altamirano, fueron grandes los trabajos que tuvo que padecer nuestro misionero para fundar este histórico pueblo de las misiones. «Aunque él vivía en una choza muy desacomodada, su primer cuidado fué como era justo labrar casa para Dios a que se aplicó con mucho tesón ayudado del Padre Adrián Formoso, su compañero: tenía ya muy adelantada la fábrica, y todo iba con grande prosperidad, cuando despechado el demonio de verse sin séquito entre los que antes tuvo tiranizados, y temiendo que aquella iglesia sería el baluarte desde donde se combatiría fuertemente su imperio, se valió de sus ardides, para arruinarla y atribular de manera a la gente que los obligase a abandonar aquel sitio, y retirarse a sus antiguas guaridas, bien que se desvanecieron todas sus trazas y no pudo sacar la ganancia pretendida. Fué el caso que determinando los Padres celebrar la fiesta de su Patrona sacratísima con el mayor aparato que fuese posible, así por ser la primera como por atraer con este reclamo a muchos gentiles del Río Uruguay arriba, habían puesto todo empeño en que estuviese concluída la fábrica para el día de la Asunción, y hecho varias prevenciones para mayor solemnidad cuando nueve días antes se prendió de noche sin saberse el autor, tan voraz incendio en la chozuela del Padre, que saltando a la iglesia se cebó con extraña furia: hizo el Padre Cristóbal exquisitas diligencias para atajar el fuego, convocó todo el pueblo a toque de campana, y aunque acudió todo con grande pron-

(1) *Historia de la Provincia del Paraguay* (ed. 1897), t. 4 p. 94.—Charlevoix escribe de este pueblo que «Prefecto Christophoro Altamirano... sub quo eggregie floruit» (ed. Muriel), p. 114.

titud, no se pudo defender del estrago, porque al mismo tiempo sopló tan recio viento que la redujo toda a cenizas, sin salvarse otra cosa que dos ornamentos, que pudo escapar el Padre Cristóbal con mucho riesgo de su persona.»

«En este trabajo fué tan excesivo el sentimiento de los catecúmenos, tan sin tasa los llantos y alaridos en que gastaron toda la noche, que le causaron al Padre mayor lástima que la pérdida de la iglesia y le costó no pequeño trabajo el acallarlos y darles a entender no sucedía cosa en el mundo que no la ordenase la Divina Providencia para mayor provecho nuestro. Lo que más lastimaba su celoso corazón era la consideración de que aquellos pobres, inclinados entonces a los agüeros supersticiosos de su gentilidad, no entrasen en recelo por aquella desgracia, y desamparasen como infausto aquel sitio, y aun se retrajesen de querer abrazar la fe; pero al mismo paso fué inexplicable su gozo cuando se certificó que todas aquellas demostraciones de sentimiento nacían del amor entrañable que habían cobrado a los Padres, llorando por verlos sin casa e Iglesia, y por el miedo que habían concebido de que los desamparasen: por lo cual le decían al Padre Altamirano, vertiendo copiosas lágrimas, que tuviese lástima de ellos y de sus hijos, y no les abandonase por aquel trabajo, pues aunque se les había quemado la Iglesia, no se les habían abrasado las manos con que fabricar otra, y que aunque se les había perdido todo su pobre ajuar, ellos se quitarían de la boca su propio alimento para sustentarlos a ellos, y para confirmar con las obras sus promesas, le llevaron luego de sus raíces y legumbres tanta provisión, que bastó para seis meses.»

«Consolólos el Apostólico Misionero, asegurándoles que no les desampararía por todos los trabajos del mundo, de que ellos muy gozosos escogieron la mejor casa del pueblo, que cedió su dueño con mucho gusto para que sirviese de vivienda a los dos Padres en ínterin que les labraban otra nueva: y luego comenzaron todos con gran fervor a reedificar la Iglesia, que acabaron en breve tiempo, y hubo indio que teniendo ya armada su casa con muy buena madera, la desarmó y llevó toda para el edificio de la Iglesia, y hasta las mismas indias acudían a ayudar en la fábrica para que creciese cuanto antes y asegurar por este medio quedasen entre ellos los Padres, a quienes con el mismo empeño labraron una casa donde viviesen, si no con mucha comodidad, a lo menos con alguna decencia.»

«Dedicóse con gran solemnidad y regocijo la Iglesia, siendo grande la frecuencia a ella, y desde entonces mucho mayor la puntualidad

en acudir a la explicación de los sagrados misterios para irse disponiendo al Santo Bautismo, que recibieron el primer año, fuera de los párvulos, más de 300 adultos, y llegando a contarse más de 2.000 almas, las cuales en breve crecieron hasta 3.000 por la solicitud con que el Padre Altamirano fué recogiendo los gentiles circunvecinos, y trayéndolos al rebaño de Cristo y consta que en doce años que cuidó (1) de esta Reducción bautizó más de 4.000 almas, a quienes asistía con imponderable caridad en todas sus necesidades espirituales y corporales, como se vió en la epidemia que padecieron el año de 1635, pues casi a un mismo tiempo cayó enfermo todo el Pueblo, de que murieron 500 personas, sin que a alguna de ellas le dejase de administrar todos los sacramentos, porque al punto que las sentía heridas del contagio las hacía disponerse para recibir la muerte que andaba muy ligera por todas partes, y su misma presteza hacía avisados a los neófitos para que ellos mismos solicitasen su remedio espiritual en primer lugar sin darle treguas al Padre Cristóbal aun para el preciso descanso de sus fatigados miembros.»

«Ni por estos embarazos cesaba su celo de solicitar la salud eterna de los infieles de la comarca, despachando mensajeros a los del Uruguay arriba, cuya conversión pretendía impedir el Cacique Mburuá, que tenía entre ellos grande séquito, pero pudo más con sus santas trazas nuestro Padre Cristóbal que por fin los redujo a que viniesen a oír la doctrina evangélica, venciendo las oposiciones del infierno.

»A la epidemia referida del año de 35 sobrevino el siguiente de 1636 la del sarampión, que empezó por enero con tanto rigor que no dejó persona a quien no asaltase, sin quedar indio en pie, de manera que si fué grande el trabajo de la epidemia precedente, el de ésta fué increíble, por ser más universal el contagio, de que murieron 1.300 personas. Cogió este trabajo al Padre Altamirano sobrefatigado, muy enfermo de unos recios dolores, que le traían con sola la piel sobre los huesos, pero viendo la aflicción y necesidad de sus hijos en Cristo, ofreció su vida temporal por darles la espiritual de sus almas, porque afligidos los demás pueblos con el mismo contagio, no había sacerdote que le fuese a ayudar, y sólo le acompañaba un Hermano coadjutor.

»En esta ocasión, pues, tan urgente, se portó nuestro varón Apos-

(1) En el mss. leíase «asistió», pero el autor del mismo tachó esta palabra y escribió encima «cuidó».

tólico de la manera que escribe el Venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya en su *Conquista Espiritual* (1) por estas palabras:

«Pastorea hoy el rebaño que aquí (en el Acaraguá) juntó con el afán dicho el Padre Cristóbal de Altamirano, cuyo infatigable trabajo y prudencia en amansar leones es muy conocido: llególe el trabajo de curar almas y cuerpos en una rigurosa peste a punto de perder la vida, que iba asido a dos mozos a visitar los enfermos y a veces rendido se caía en el suelo desmayado, topando primero que cayese con las aguas de que formaban arroyos las lluvias que corrían por las calles; tomóles el pulso un Hermano que le acompañaba, y reconoció en él indicios mortales; rogóle que hiciese cama, pero como el celo de sus ovejas le incitase a acudirles en tan pretado y riguroso trance, le consoló el Señor dándole repentina salud y fuerzas, con que sin dificultad pudo ejercitar su celo, de manera que, faltando ya en el pueblo sanos que ayudasen, el Padre y el Hermano llevaban en sus hombros los muertos a enterrar, hacían los hoyos, y a los vivos guisaban la comida y ellos mismos se la daban. Decían los indios con agradecimiento de estas acciones: cuando éramos gentiles moríamos como perros, huíamos unos de otros, y ahora, ya cristianos, ha enviado el Padre común este socorro para nuestras almas y cuerpos.» Hasta aquí el autor citado.

«La repentina salud que consiguió se atribuyó principalmente a un acto muy heroico que ejecutó, aunque lo fueron tanto todos los demás, porque habiendo un día confesado más de 60 apestados y administrado el Viático a diez y seis, y la Extremaunción a veinticuatro, y enterrado por sus manos trece, acudido a dar de comer y cenar a todo el pueblo, y hecho sangrar a muchos que sofocaba la sangre, llegó un niño a llamarle para confesar a su madre, en tiempo que llovía a cántaros y soplaban un viento tan recio que derribara a los más fuertes: en nada reparó el Padre Cristóbal, y estribando en sólo el niño, fué a aquella confesión cayendo muchas veces en el camino y llegando traspasado de la lluvia y frío, por cuya noticia acudió allá el Hermano su compañero que andaba por otra parte asistiendo los enfermos y le halló como queda dicho ya despulsado: con que fué más notorio que la salud fué milagrosa conseguida por su ardiente celo en beneficio de las almas.

»Era verdaderamente espectáculo que movía a devoción ver en esta ocaión las ansias con que aquellos nuevos cristianos que poco

(1) Ed. 1892, p. 222|224.

antes vivían olvidados de su salvación dispersos por los bosques como fieras, ahora solicitaban en primer lugar el remedio de sus almas pidiendo la confesión, el viático y la extremaunción, y los actos de todas las virtudes con que se preparaban para la muerte, y Nuestro Señor a veces les daba la salud por medio de los Sacramentos, entre los cuales fué muy particular el modo con que la consiguió cierto Indio, cuyo caso refiere el mismo Padre Antonio Ruiz en el lugar citado por estas palabras: «Apareció el demonio una noche a un mozo cuya vida estaba ya en las manos de la muerte, y hablóle así: «Tú estás ya al último remate de tu vida, y tus pecados son tantos, que la justicia de Dios no te ha de admitir a penitencia, y así, conviene que no trates de confesarte, porque ¿qué dirá el Padre si ve que hasta ahora te olvidaste de tu alma? Además que perderás el buen nombre que de ti ha tenido; toma mi consejo y olvida tus pecados.» Acudió la Madre de misericordia, refugio de pecadores, la Soberana Virgen, y ahuyentando al demonio dijo al doliente: «Hijo, ten buen ánimo, ve y confiésate, que mi Hijo te perdonará.» Levantóse con denuevo el mozo, y juzgándole por frenético los de su casa le quisieron detener, pero con intrepidez se acogió al Padre, y derramando lágrimas le pidió confesión; confuso el Padre de verle, juzgando lo mismo que los de su casa, le despidió, pero el mozo le dijo: «Padre, mira que voy derecho al infierno, porque he cometido muchos pecados», y refiriendo lo que había visto, hizo una buena confesión, con que recibió la salud del alma, y poco después la del cuerpo.

»El mozo sin empacho de su afrenta publicó este caso y favor que la Virgen le había hecho, con que granjeó muchos devotos a la Virgen, atrajo a muchos a la esperanza del perdón, conciliando desprecio a la desesperación en todos.» Hasta aquí el Padre Montoya.

«Con este caso cobraron extraña devoción los Indios de aquel Pueblo a Nuestra Señora a cuya imagen acudían llevando todos los niños enfermos, con vivísima fe, la que no quedaba frustrada, porque correspondiendo María Santísima a su confianza, les daba milagrosamente salud; con que estos beneficios repetidos aumentaban la devoción de toda la gente, que la visitaba desde entonces entre día con rara frecuencia ni había persona que dejase de acudir todos los días a rezar el Rosario, como les impuso el Padre Altamirano.

»Quedó muy disminuído su pueblo con las dos epidemias de los años 35 y 36, pero pronto halló modo su caridad y celo para aumentarle, porque recogió las reliquias del Pueblo de Jesús María que destruyeron inhumanamente los Mamalucos del Brasil, acogiéndolos

con tanta humanidad que se vieron todos muy gustosos, y fuera de eso como experimentaban el mismo agasajo los infieles del río Uruguay arriba cuando aportaban al Acaraguá, se agregaron también muchos de ellos a pesar del Cacique Mbaná y del famoso Nezú que con sus embustes los procuraban embaucar: pero tuvo por fin el merecido castigo de sus enormes maldades quedando prisionero de los Mamalucos, sin que le valiese para librarse de aquel duro cautiverio el poder que fingía tener como Dios que blasonaba ser de todos aquellos países. Quitado, pues, este embarazo, acudieron muchos infieles del Uruguay al Acaraguá, con que se hizo muy numeroso el Pueblo de Nuestra Señora de la Asunción, y no menos insigne por el fervor de sus naturales que fomentaba por todos caminos el Padre Altamirano.

»Reconociendo que la principal prenda para agradar a su Soberana protectora la Virgen es la pureza de alma y cuerpo, y viendo por otra parte los peligros que de perder ambas corrían sus feligreses, porque eran fronterizos a los Mamalucos quienes en sus asaltos no contentos con hacerlos sus esclavos, trataban de hacerlos esclavos del demonio incitándolos a muchos pecados y robando con violencia a las mujeres la joya preciosa de su castidad.

»Por estas razones les inculcaba muchas veces el Padre Cristóbal en sus sermones y pláticas que si acaso cayeran en manos de tan inhumanos enemigos resistiesen a sus torpes intentos con fortaleza cristiana, dejándose antes privar de la vida que ofender a su Criador. Tomaron las indias tan de veras esta tan saludable doctrina, que acometidas algunas de mancebos deshonestos despreciaron intrépidas sus fierros y amenazas, dejando burlada su pasión lasciva a costa de la tolerancia varonil con que sufrieron sus malos tratamientos por no rendirse a su gusto.

»Otros indios hubo en este mismo pueblo que quisieron imitar los ejemplos de los Santos, que se señalaron en la resistencia a las tentaciones, como fué uno que a imitación de San Benito, se arrojó entre agudísimas espinas, con cuyas penetrantes puntas apagó el fuego de la concupiscencia, y otro que acometido del demonio con una tentación sensual se expuso desnudo en un bosque a un hormiguero de hormigas ponzoñosas que le pararon tal que daba lástima verle, y sintiendo aún a su carne rebelde se arrojó entre hortigas muy agudas diciéndose a su mismo cuerpo con grande ánimo: «no he de ofender a mi Dios jamás, aunque reviente, y he de tomar venganza de ti, cruel enemigo, todas las veces que me molestares: como lo hizo con la

misma santa crueldad la tercera vez que le repitió la misma tentación sin reparar que la mortificación pasada le había ocasionado una grave enfermedad. Súpolo el Padre Cristóbal, y queriendo moderar su fervor, le respondió: «Déjame, Padre, que muera mil veces antes que ofenda a Dios gravemente: no hay que tener lástima a este mi cuerpo, que mañana se ha de convertir en polvo y ceniza, y si no le trato con esta crueldad me puede causar la muerte eterna».

»Con este fervor procedían aquellos nuevos cristianos para confusión de los antiguos y era cosa muy ordinaria, que muchos días antes de confesarse se preparaban haciendo rigurosas penitencias, y no pocos más fervorosos las tenían entabladas tomando cada semana tres y cuatro disciplinas y ejercitándose en otras obras piadosas muy aceptas a la Divina Majestad.

»Pero los que en todo esto más se señalaban eran los Congregantes de la Congregación de Nuestra Señora que instituyó el Padre Cristóbal en su pueblo, y en que no se recibía sino los muy señalados en el ejemplo de su vida, siendo nota honorífica el estar alistados entre los esclavos de María Santísima. Fuera de la asistencia constante de los ejercicios de la Congregación se esmeraban en la caridad con los prójimos, principalmente pobres: traíanles leña en tiempo de frío, iban a pescar para regalarlos y si caían enfermos iban solícitos a saber lo que se les antojaba para darles ese consuelo y lo buscaban con diligencia, los lavaban y limpiaban cuando habían de recibir los sacramentos y les asistían en todo hasta espirar, amortajarlos y darles sepultura.

»El cuidado y aprecio que todos los de este Pueblo tenían de los Santos Sacramentos se aumentó notablemente con un caso singular que acaeció el año de 1639 y fué que estando un mancebo bien entendido muy al cabo, le asaltó un parasismo, en que perseveró más de dos horas fuera de sus sentidos: ya le lloraban por muerto, cuando volvió en su acuerdo todo acongojado, y preguntándole la causa, dando tristes gemidos, respondió: «Sabed que he visto un horrible y espantoso espectáculo todo el tiempo que estuve enagenado de mis sentidos, en que me faltó poco para perder de sentimiento la vida. Vi a mi misma madre (poco tiempo antes difunta), que estaba ardiendo en el infierno, dando horrendos y lamentables gemidos; conocióme luego que me vió, y mirándome con grande ceño me dijo: «¿es posible que tú que frecuentas los sacramentos vienes también a hacerme compañía en este lugar de tormento? Sábeta que en esta cárcel de la Divina Justicia están muchos de nuestros Paysanos de madura

edad por falta de fe, porque aunque recibieron el santo Bautismo no le recibieron con la fe necesaria, y otros, aunque se confesaban, no era con el dolor y propósito que debían tener y de éstos soy yo una, que por justo juicio de Dios he de perseverar así, rodeada de llamas en este miserabilísimo estado por toda la eternidad. Ve y dilo a los Padres para que lo prediquen, y tú confiésate enteramente y duélete de tus culpas si quieres huir de aquel horno encendido en vivas llamas preparado para los que no creen las cosas que les predicán los Ministros de Dios, ni se arrepienten como deben de sus pecados.»

»Con esto desapareció la visión, y yo volví en mí lleno de congoja y cubierto de un sudor frío, como me veis. Cumplió el consejo de su desdichada madre, confesóse con grandísimo dolor y arrepentimiento, y murió con prendas de su salvación.

»Con esta ocasión hizo el Padre Altamirano a sus feligreses muchas pláticas sobre la confesión, de que se siguió el moverse a revivificar las que hicieran desde el principio de su conversión, preparándose con mucho cuidado por muchos días para hacerlas con mayor acierto, tomando rigurosas disciplinas para obligar a Dios les diese luz para conocer sus culpas, llorarlas y confesarlas como manda su Divina Majestad. Y a lo que se echó de ver concurrió Nuestro Señor con especiales auxilios para sacar mucho bien de los yerros pasados, que así lo suele hacer para justificar su causa, corregir a los tibios y alentar a los fervorosos.

»Como en esta ocasión los vió el Padre Cristóbal a todos tan fervorosos, vino en conceder a sus feligreses lo que mucho tiempo habían deseado, que fué colocar de asiento en aquella Iglesia el Santísimo Sacramento del Altar, lo que hasta allí se había diferido por no exponerla a la irrisión de los Mamalucos, porque aquellos hombres sin Dios y sin ley profesaban ninguna reverencia al pan de los Angeles, y sin temor de tan tremenda majestad como en él adora la Fe, cometían en su presencia enormes sacrilegios. Con todo, pareciendo había por entonces alguna seguridad en aquella frontera, se concedió que le tuviesen en aquel Pueblo celebrando todo él su colocación con la mayor solemnidad que permitía la pobreza del País, mostrando en lo que hicieron lo mucho que deseaban hacer, si se extendiera a más su posibilidad. Hubo procesión solemne con decente música y danza bien concertadas: erigiéronse muchos arcos triunfales cuyo adorno principal era todo género de animales que trajeron como en reconocimiento de que todas las criaturas debían contribuir a la solemnidad de Dios humanado: y dióse fin con un coloquio muy ele-

gante en su idioma, muy doctrinal y propio de la festividad, en que se declaraba el misterio, y se enseñaba el modo de recibir al Señor con la preparación debida. Rico el pueblo con tan gran tesoro, y sus moradores con los celestiales dones que Nuestro Señor les comunicó entonces, procuraron con nuevos fervores hacerse en adelante más dignos de tener entre sí a su Dios sacramentado.

»Gozaron pacíficamente de tanto bien con grande aprovechamiento de sus almas por casi dos años, cuando envidioso el demonio de su dicha, empezó a perturbar la quietud de que por aquel tiempo se gozó en la comarca por medio de los Mamalucos del Brasil, que con ánimo de asolar todas las Misiones de los Jesuítas y llevar sus naturales al duro cautiverio empezaron a infestar el río Uruguay. Vinieron 400 portugueses de San Pablo, y dos mil tupís, de que se tuvo aviso por varias vías, pero el más cierto fué que sobreviniendo una gran creciente en dicho río trajo muchas alhajas propias de aquella gente que fué la señal más fija de su cercanía.

»Consumióse luego el Señor con increíble sentimiento de los neófitos del Acaraguá, hiciéronse prevenciones militares, que se lograron con felicidad como diremos. Juntó el Padre Cristóbal todos los niños, viejos y mujeres de su Pueblo, y trasportólos a lugar distante más seguro con el trabajo que se deja considerar, porque llegando huídos 16 infieles del Uruguay arriba dijeron como los Mamalucos de San Pablo habían apresado toda la gente del río sin escaparse otros que el malvado hechicero Nezá, que con 400 indios se habían pasado a la otra banda, metiéndose tierra adentro.

»Habíanse concedido ya, por la piedad de nuestro Católico Monarca el señor don Felipe IV, armas de fuego a los Guaraníes de nuestras Misiones, y aunque los infieles dieron esta noticia a los Mamalucos, la despreciaron o no las temieron, blasonando de que ahora los habían de vencer mejor y llevar a todos cautivos.

»Juntáronse 4.000 Indios de todas las Reducciones y no pudieron impedir que los Mamalucos y Tupís no entrasen en el Pueblo de Nuestra Señora de la Asunción, que doctrinaba el Padre Altamirano, pero por la solicitud de éste le hallaron ya despoblado y puesta la gente en salvo. Ocuparon con 300 canoas el río Acaraguá, que pasa junto al dicho Pueblo, y juntos ya los 4.000 guaraníes, unos por tierra y otros por agua, se acercó a los enemigos el capitán, don Ignacio Abiarú, cacique principal y muy valeroso de Acaraguá, y les afeó sus inhumanidades; pero ellos respondieron disparando una nube de balas, de que irritados los Guaraníes les acometieron con tal denuedo

que hicieron en el ejército contrario grande estrago el primer día hasta que las tinieblas de la noche dieron fin a la batalla.

»Al siguiente día se prosiguió el combate con la misma fortuna, muriendo 120 mamalucos y más de 1.000 tupís; porque los otros con mejor acuerdo desampararon a los Portugueses, y abrazaron el partido de los Indios Guaraníes, entre quienes quisieron vivir para Dios libres de las ocasiones en que aquella gente perdida los traía con riesgo de sus almas. No costó esta victoria más que seis cristianos guaraníes que murieron y 40 que salieron heridos y sanaron presto, atribuyéndose todo principalmente al patrocinio de San Francisco Javier, Patrón de la empresa, cuyo nombre invocaban los Neófitos con fe vivísima al principio de la batalla.

SANTIAGO STELLA.

(Continuará)